

Amistades

Fernando Solana Olivares

TODO OCURRIÓ en una esquina barriobajera, casi nauseabunda, porque en ella había olores y pequeños charcos de grasa: esa carne malsana, malamente sensual que ensucia algunas partes de la ciudad. Pero era un digno escenario para tal encuentro —las cosas ocurren donde deben ocurrir—. Lo demás ayudaba al sentido mísero de tal puesto de lámina: edificios que se cerraban unos sobre otros, malos chagalles de sombría hiperrealidad, hoteles de amores húmedos, furtivos, negocios florecientes regentados por hombres que se acuerdan apenas de lo que es una mujer, papel: rollos y rollos que cierran la calle en días de Sol —sólo entran lanzas, contraluces, nunca un baño entero—. Él venía balanceando su cuerpo grande, contrahecho, y se mecía en la distancia: era un hombre avejentado, hosco, a quien la gente daba el paso, lo que era difícil porque el puesto de lámina reducía el espacio hasta el punto de volverlo un pasadizo. Pero él cabía completo y los demás se quitaban para dejarle sitio. Mejor así, pensaba quien tenía la disyuntiva de encontrarse con él a la mitad de ese puesto pegajoso. O encontrarse en otro lugar, el que fuera, y un cierto sobresalto lo asaltaba a uno cuando lo veía ve-

nir de repente. Me ocurrió también. Siempre que lo había visto era igual.

—Mi Gólem —dije con cariño. Poco, no demasiado.

Resopló despacio, muy lento, gruñó.

—Mi hermano —dijo con torpeza desangelada—. Hace tiempo que vivo por aquí.

Quise zafarme, simulé prisa y abrí las manos para decirle que el día caminaba detrás de mí.

—Hermano —repetió con una mueca aceitosa: sus ojillos grises se movieron. Pudo más un sentido de urgencia franciscana que mi antipatía matinal—. Aquí no nos quieren —continuó, utilizando un plural que no tuve interés en describir—. Estamos perdiendo poder y respeto.

Su aliento era sofocante y me había arrinconado con su balanceo, un péndulo que capturaba mi indiferencia. Trepé con la vista hasta su frente: no había sombras en ella, sólo viejos trazos de una marca que los años habían oscurecido. “Como vamos siendo, así va siendo nuestra vida”, mascullé. La sentencia no llegó a su monólogo, sus ojos absolvieron cualquier confianza y volvieron a taladrar a mi alma emparejada.

—¿Puedo hacer algo por ustedes? —pregunté, dispuesto a que se me dijera que no, que gracias, que todo no era otra cosa que un mero descanso irrenunciable, que el poder se pierde porque nunca se consigue, que el respeto también, como las sonrisas de las vírgenes prudentes, se alcanza sin merecerlo.

El Gólem sonrió con una mueca.

—Siempre he convocado a la soberbia para tomar el Sol de la mañana. Pero somos pocos los atrevidos. Los demás esperan que la sombra llegue para salir.

Quise apabullarlo con alguna cita, la calle rendía su tráfico a la perfección del movimiento involuntario, las lancetas diurnas clavaban sus agujijones encendidos sobre los cristales y los gritos tendían alambres rasposos de lado a lado. Pude haberle dicho algo como “el amor vuelve tonta a la gente, el odio la vuelve bestial, la amargura la vuelve loca”. No fue necesario: el Gólem se puso en movimiento, desvió su aliento metálico de mi rostro, recogió su cuerpo desmedido y salió del callejón.

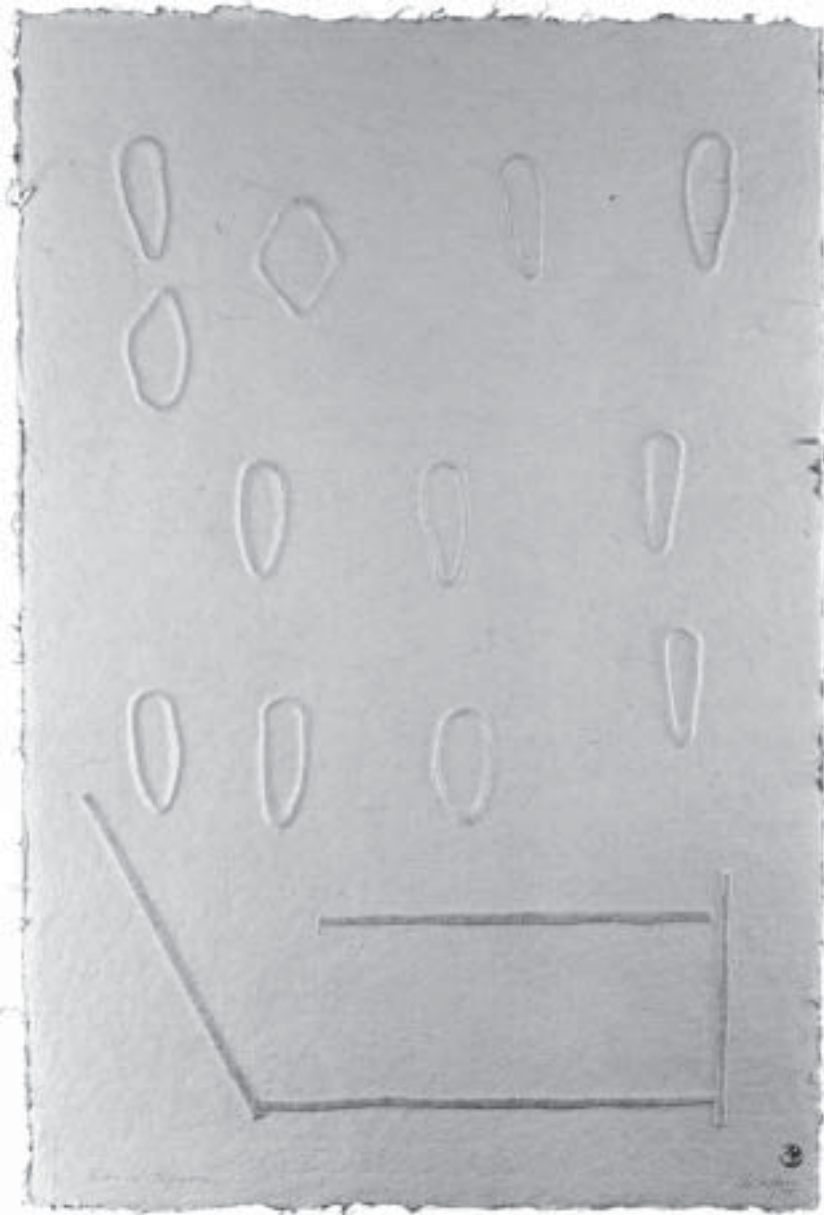
—Aunque debemos hablar, hermano —dijo, y movió sus piernas largas como si fueran un compás oxidado.

El día transcurrió tan rápido como si no contuviera nada más que una

obsesión y el poder extraordinario de anular cualquier cosa que no fuera esa obsesión. Fatigué la ciudad con mi muestrario variopinto. Logré algunas ventas, apunté algunas promesas y perdí algunos compromisos. Comí a la hora acostumbrada, mis fantasías poco pudieron en esas horas de relojería, y por la tarde regresé donde la mañana me había detenido. La calle del Gólem parecía hervir en aceite negro. El humo de las fritangas se arrastraba por el asfalto, la cantina de media cuadra celebraba ruidosamente su tristeza y los hoteluchos dejaban entrever siluetas que danzaban detrás de sus puertas rotas. Evité el puesto nómada y no recorrí su estrecho pasadizo, preferí pasar por detrás y caminar por el arroyo: en la noche habría cantos y medias voces.

No hubo Gólem ni vírgenes prudentísimas. Si acaso la basura acumulada, un perro enloquecido por el hastío y las banderas manchadas del papel que se habían quedado sobre el asfalto.

Desiertos a laderas enfermizas, nubes cuya arquitectura era un capricho o un mensaje, rostros a la espera de milagros congelados. Abrí la puerta de mi cuarto con las sombras en mis talones y consulté al único espejo sobre la cómoda roja. Todavía era el que era, aún el que había sido. Pero el Gólem aguardaba por allí: mañana o después de mañana. Alguna vez llegaría a cobrar el óbolo fraterno. “La amistad, esta sombra de una sombra”: así fue como recordé a Esquilo. •



JUAN MANUEL DE LA ROSA

FERNANDO SOLANA OLIVARES es narrador, ensayista y editor.

Publicado en noviembre de 1992.